

I

¿POR QUÉ ESTUDIAR LA GUERRA?  
*LA HISTORIA MILITAR NOS DA LECCIONES SOBRE LA  
TRÁGICA INEVITABILIDAD DE LA GUERRA\**

¿HISTORIA MILITAR? QUÉ COSA TAN RARA

**T**raten de explicarle a un estudiante universitario que la batalla del Tet fue, en realidad, una victoria militar estadounidense. O, al revés, sugieran que la ofensiva vietnamita de 1968 fue un éxito rotundo del enemigo. En ninguno de los dos casos obtendrá una refutación –ni qué decir un asentimiento– sino una mirada de incompreensión: ¿Quién o qué era el Tet?

Mientras hacía algunas entrevistas para la radio sobre la película *300*, me encontré con un desconcierto similar en oyentes y presentadores de programas. La mayoría no solo ignoraba quiénes eran los trescientos espartanos que dan nombre a la película o qué eran las Termópilas; tampoco parecían haber oído hablar de la guerras médicas. Y Maratón ¿no era el nombre de una carrera de larga distancia?

La ignorancia de la mayoría de los estadounidenses acerca de temas militares es casi absoluta. Cuando estaba en la universidad, hace treinta y tantos años, la historia militar –entendida amplia-

\* Algunas partes de este ensayo se publicaron por primera vez en el número de verano de 2007 de *City Journal*.

mente como la investigación de por qué un bando gana la guerra y otro la pierde, la reflexión sobre los generales autoritarios e insensatos, los avances o el estancamiento de la tecnología y el papel de la disciplina, la valentía, la voluntad nacional y la cultura a la hora de determinar el resultado y las consecuencias de un conflicto— ya estaba pasada de moda. Hoy, el interés de las universidades sobre esta cuestión parece todavía menor.

El estado de apatía de nuestras escuelas es profundamente preocupante. Los ciudadanos de la democracia necesitan conocer la guerra, y hoy, en la era de las armas de destrucción masiva, más que nunca.

Empecé a estudiar la guerra de manera formal cuando tenía veinticuatro años y de una forma un tanto extraña. Sin haber tomado nunca clases de historia militar, ingenuamente, empecé a escribir sobre la guerra para mi tesis doctoral en el departamento de Lenguas Clásicas de la Universidad de Stanford. En ella exploraba los efectos de la destrucción de la agricultura en la antigua Grecia, en especial, durante la guerra del Peloponeso, cuando los espartanos arrasaron la campiña ateniense. Este tema, un tanto esotérico, parecía ser algo más complejo que un simple ataque a las granjas. ¿Había sido realmente eficaz la estrategia de Esparta? ¿Por qué dar por hecho que los ejércitos de la Antigüedad con armas primitivas podían fácilmente quemar o talar árboles, viñedos y cultivos en miles de hectáreas de granjas enemigas? En la granja de mi familia en Selma, California, me llevó casi una hora talar un frutal viejo con un hacha moderna y afilada, y quemar grano no era por lo general una tarea sencilla, excepto durante un breve periodo seco a finales de primavera y en verano.

Pero incluso si los invasores no habían logrado matar de hambre a la población civil, tal vez la destrucción de sus granjas había

sido dañina psicológicamente, hasta el extremo de conseguir su objetivo militar de provocar una respuesta armada. Después de todo, los soldados no insistirían siglo tras siglo en una táctica que no funciona. ¿O sí? Desde luego, yo he visto en mi entorno a granjeros indignados por el más mínimo daño de sus campos y cultivos. Así que la idea de un espartano marchando triunfal sobre un viñedo ateniense tal vez habría espoleado a los orgullosos agricultores a empuñar sus horcas y a entrar en batalla llevados por un sentido del honor que iba más allá de los daños causados a sus olivares. ¿Y qué nos dice esto de los valores de los griegos? ¿Y de los generales que se empeñaron en una operación que a menudo debió de tener escasos resultados tangibles sobre la destrucción de los recursos materiales del enemigo?

Planteé estas preguntas a mi director de tesis y las acompañé de toda suerte de justificaciones. A mi juicio, el tema era fundamental para comprender la guerra del Peloponeso. Sería una investigación interdisciplinar –toda una ventaja en un campo en el que los puestos de trabajo escaseaban– que abarcaría no solo historia militar antigua, sino también arqueología, teatro clásico, epigrafía y poesía. También podría aportar una amplia experiencia práctica al estudio, pues yo había crecido rodeado de veteranos de las dos guerras mundiales que hablaban todo el tiempo sobre sus batallas. Y dado que había crecido en una granja, me interesaba añadir detalles prácticos sobre el cultivo de árboles y viñedos en un clima mediterráneo.

Pero mi tutor se mostró escéptico. Conocía mejor que yo las actitudes que entonces prevalecían en el mundo académico. Las guerras agrícolas –las guerras de cualquier tipo, en realidad,– no estaban de moda en los programas de doctorado de Lenguas Clásicas, aunque la agricultura y la guerra eran las dos principales ocupaciones de los antiguos griegos y las fuentes de anécdotas,

referencias y metáforas en casi todos sus textos filosóficos, históricos y literarios. Pocos helenistas parecían recordar que los escritores, pensadores y estadistas griegos más importantes –de Esquilo a Pericles y de este a Jenofonte– habían servido en una falange o en un trirreme en el mar y que dichas experiencias estaban muy presentes en sus obras.

En la década de 1970, montones de tesis doctorales y monografías sobre la guerra en la Antigüedad –acerca de la organización del ejército espartano, del origen de la tácticas griegas, del pensamiento estratégico de los generales griegos y mucho más–, escritas en Francia y Alemania durante el siglo XIX, estaban por leer. Solo unos pocos ensayos estaban dedicados al papel de la guerra en el mundo antiguo, a pesar de que esta era una actividad casi cotidiana en los imperios ateniense y romano.

Y la disciplina, más general, de la historia militar, había dejado de ser central en la educación liberal, tan en boga en las universidades de los setenta. Era como si la comunidad académica hubiera olvidado que la historia misma había empezado con Heródoto y Tucídides, con la historia de los conflictos armados. ¿Acaso Jenofonte, Polibio o Tito Livio escribieron sobre alguna otra cosa aparte de las guerras y los breves hiatos de paz entre ellas?

#### ¿POR QUÉ ESTE DESINTERÉS POR LA HISTORIA MILITAR?

¿Qué había detrás de este desinterés académico, que va en contra de la actual fascinación que ejerce la guerra sobre el público en general? Una explicación obvia era el clima que se respiraba en la década de 1970 tras la guerra de Vietnam. La percepción

pública, en los años de Nixon, Ford y Carter, era que Estados Unidos había perdido una guerra que, por razones morales y prácticas, nunca debería haber empezado; una verdadera catástrofe que el país nunca debía repetir, a juicio de mucha gente del ámbito universitario. El correctivo necesario no era aprender de la historia sobre cómo esta clase tan impopular de guerras empezaban, se luchaban y se ganaban o perdían. En lugar de ello era preferible ignorar todo lo que tuviera que ver con un asunto tan odioso, o, al menos, diseñar alternativas que sirvieran para aplacar las disputas sin tener que recurrir a la fuerza, o sugerir que la lección que recibió Napoleón en la península Ibérica podía ayudar a explicar lo ocurrido en Hue.

El pesimismo nuclear de la Guerra Fría, que siguió al horror de las dos guerras mundiales, también enfrió de diversas maneras el interés académico. El obscuro concepto acuñado durante la posguerra de “destrucción mutua asegurada” le daba a la guerra contemporánea un matiz apocalíptico. Tal y como advirtió el presidente John F. Kennedy: “La humanidad debe poner fin a la guerra o la guerra pondrá fin a la humanidad”.

De acuerdo con esta perspectiva, los conflictos armados modernos se habían vuelto tan destructivos que ya no guardaban relación alguna con las batallas del pasado. Incluso en el presente parecía absurdo preocuparse por un nuevo modelo de tanque o por una doctrina de contrainsurgencia cuando el simple acto de pulsar un botón daría rienda suelta al Armagedón nuclear y volvería superfluo todo el pensamiento militar. ¿Qué importaba que Alejandro Magno en el Indo o Stonewall Jackson en el valle de Shenandoah hubieran ofrecido lecciones de pensamiento estratégico y táctico si una lluvia de misiles podría hacer que todos sus cálculos se volvieran obsoletos? Después de todo Harry Truman, con la colaboración del secretario de Defensa Louis

Johnson, redujo de forma drástica el arsenal estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial. Johnson también quiso dismantelar el cuerpo de marines y creía que las armas nucleares hacían hecho que las convencionales fueran innecesarias.

Aún más, el ambiente de agitación social y reforma de la década de 1960 había traído consigo un pacifismo bien intencionado que consideraba antiético el pensamiento académico formal sobre la guerra. La desaparición de la visión trágica –la aceptación del sufrimiento inherente a la experiencia humana y la necesidad de luchar heroicamente contra él– sugería que el dinero, la educación y las buenas intenciones podían al menos interrumpir el sangriento curso de la historia. El gobierno, el ejército, la empresa, la religión y la familia habían conspirado, a decir de los nuevos rousseaunianos, para pervertir la tendencia natural del individuo a “hacer el amor y no la guerra” y a “dar una oportunidad a la paz”. La década de 1960 vino a corregir esta situación al enseñarnos que en tan solo una generación podíamos crear un mundo nuevo sin guerra y que los presupuestos de defensa podían destinarse a programas sociales de urgente implantación que hasta entonces habían estado gravemente descuidados.

Para muchos, la Guerra Fría también exigió un modo de pensar militarista y precipitado en términos de “o ellos o nosotros”. Afirmar que la historia militar sugería que las guerras empezaban porque hombres malos, llevados por el miedo o por el orgullo, buscaban aumentar sus ventajas materiales o su estatus o porque, en ocasiones, hombres buenos pero ingenuos no habían hecho lo suficiente para detenerlos, se veía, lógicamente, como algo opuesto a una visión más ilustrada de la naturaleza humana. “¿Qué diferencia hay”, en palabras del ahora tan citado Mahatma Gandhi, “para los muertos, los huérfanos y los sin hogar si la

destrucción loca se inicia en el nombre del totalitarismo o en el sagrado nombre de la libertad y la democracia?”.

Depende. La historia militar nos recuerda que aquellos que murieron en defensa de la libertad democrática para detener las matanzas del totalitarismo eran de una clase diferente a los totalitaristas que murieron luchando contra ellos... para poder seguir matando. El sacrificio de los primeros significó que las generaciones por venir iban a tener más posibilidades, oportunidades, seguridad y libertad; los segundos, en cambio, combatieron por una causa que habría agravado el sufrimiento de las generaciones siguientes. La mayoría acepta que los combatientes de la 101.<sup>a</sup> División Aerotransportada en la batalla de las Ardenas pertenecían a una clase diferente de los de las Waffen SS, y que hoy las cosas serían muy distintas si los segundos hubieran ganado esa y el resto de batallas.

Además, la naturaleza cambiante de la universidad aseguró el declive de la historia militar como disciplina. Los estudios de raza, clase social y género pretendían ocuparse de las masas anónimas de historia, no de figuras condecoradas ni de estrategas sedentarios. De acuerdo con este nuevo énfasis en el igualitarismo dentro del ámbito académico, era más aceptable estudiar la lucha de las mujeres contra la opresión del patriarcado, el padecimiento del racismo por las minorías o la privación de oportunidades sufrida por los pobres que profundizar en las descarnadas descripciones que hace John Keegan del horror que miles de soldados anónimos vivieron en las batallas de Agincourt, Waterloo y el Somme.

Claro que parte de la explicación hay que buscarla en las modas académicas y en el afán de medrar. La historia militar es antigua; en cambio la construcción de la identidad racial o la retórica de la masculinidad son un césped relativamente nuevo que pisar, que ofrece nuevas fuentes, nuevas oportunidades y una nueva

proyección para el académico con aspiraciones. Una disciplina enteramente nueva resulta sexy; una antigua, no.

Así que, a pesar de que cada vez hay más guerras en el mundo, el desinterés académico por estudiar el fenómeno de manera formal no ha hecho sino aumentar. La historia militar como disciplina académica está atrofiada, con muy pocas plazas docentes, publicaciones o programas de grado, en comparación con otras áreas de humanidades. En 2004, Edward M. Coffman, un profesor de historia militar retirado que había enseñado en la Universidad de Wisconsin, revisó los claustros de profesores de los veinticinco departamentos de Historia más prestigiosos del país, según *U.S. News and World Report*, y encontró que, de más de mil profesores, solo veintiuno identificaban la guerra como su especialidad. En 2007, la American History Association señaló que de los 15.487 profesores de Historia de las universidades estadounidenses únicamente el 1,9% se identificaban como especialistas en historia militar. Los historiadores militares, claro está, no aceptan de buen grado la idea de que su especialidad esté en declive. A veces sugieren que los datos son engañosos, porque la guerra a menudo se estudia de maneras que no pueden cuantificarse, o bien insisten en que la cifra de trescientos historiadores militares en todo el país no es tan deprimente después de todo.

Pero incluso cuando la guerra aparece en los currículos universitarios, a menudo no se trata de la guerra tal y como la conocimos. Ahora la atención se centra en la raza, la clase social y el sexo de los combatientes y se aleja de cuestiones más amplias, como la ideología o la identidad. Una clase sobre la guerra de Secesión puede centrarse casi exclusivamente en el llamado “tren de la libertad” y la reconstrucción del sur, y no en las batallas de Chancellorsville y Gettysburg. Comprender cómo personas heroicas pero marginadas se enfrentaban a la opresión

es fundamental para entender la guerra de Secesión y debemos celebrar que por fin se estudie, pero el conflicto que terminó con el comercio de esclavos es del todo incomprensible si no se conoce lo que Robert E. Lee trataba de lograr por la vía militar cuando se enfrentó en 1863 a las fuerzas de la Unión.

Un curso sobre la Segunda Guerra Mundial puede hacer hincapié en los campos de concentración japoneses, en Rosita la Remachadora y en los horrores de Hiroshima y no necesariamente en Guadalcanal, Midway o Normandía. Eso también es comprensible, puesto que los tres son temas esenciales para comprender que la guerra global fue algo más que un enfrentamiento entre ejércitos enemigos. Dicho esto, en gran medida, la victoria o la derrota se decidían, al fin y al cabo, en el frente, entre soldados.

Un análisis típico de la guerra de Vietnam dedicará muchas horas a hablar de los errores del sistema de reclutamiento, a la cobertura de los medios de comunicación y al movimiento antibelicista en Estados Unidos, y muchas menos a las descargas aéreas y de artillería durante el sitio de Khe Sanh. Los cursos que en la actualidad se imparten sobre Afganistán e Irak estudian los intereses geopolíticos estadounidenses en el petróleo o el síndrome de estrés postraumático de los veteranos en lugar del heroísmo de los marines en Faluya o las claves del éxito del general David Petraeus a la hora de sofocar la insurgencia islamista radical en Bagdad. Nótese que, con estos tres ejemplos, los académicos contemporáneos quieren impartir lecciones relevantes para la actualidad al centrarse en los aspectos sociales de las guerras de Estados Unidos que tradicionalmente han sido pasados por alto, pero olvidan que los estudiantes de hoy pueden extraer, de hecho, valiosas enseñanzas si aprenden por qué los americanos aterrizaron en Normandía y resistieron allí.

Por el contrario, aquellos que quieren estudiar la guerra a la manera tradicional, es decir, centrándose en los combatientes en el campo de batalla, se enfrentan a no pocas suspicacias académicas, tal y como sugiere el poema de Margaret Atwood “La soledad del historiador militar”:

Confésalo: es mi profesión  
lo que te asusta.  
Por eso casi nadie me invita a cenar a su casa,  
aunque Dios sabe que hago lo posible por no  
atemorizarlos.

Los “temibles” historiadores de la guerra, sospechan sus detractores del mundo universitario, obtienen un placer malévolamente leyendo sobre matanzas y sufrimiento, del mismo modo que el oncólogo siente una extraña atracción por los tumores cancerosos o el vulcanólogo disfruta perversamente con los efectos destructivos del magma.

¿Por qué no canalizar este interés por la guerra para desterrarla para siempre?, se pregunta la sociedad. Como si la guerra no fuera un trágico aspecto, casi inevitable, de la existencia humana. De ahí la reciente aparición de la “noble” disciplina de la “resolución de conflictos”, que hace hincapié en las artes de la diplomacia, la negociación y las estrategias de arbitraje destinadas a eliminar la necesidad de recurrir a la fuerza y a establecer una paz perpetua, incluso entre antagonistas que se rigen por métodos, valores y objetivos muy diferentes. A los admirables profesores estudiosos de la paz no les gusta la guerra, desde luego; a los sombríos historiadores militares, obviamente, sí.